



## **Curso acelerado de arte contemporáneo para optimizar las vacaciones de 2005 en las Islas Baleares.**

Martí Peran

Las malas lenguas llevan mucho tiempo difundiendo la falsa impresión de que el arte contemporáneo no es más que una estúpida expresión de la supuesta decadencia de occidente, olvidando y menospreciando todas las conquistas históricas protagonizadas por los grandes maestros . Según este parecer, los hitos de la historia del arte como vehículo para abordar los grandes asuntos (el paisaje, la identidad, los acontecimientos históricos, la relación con el espacio,...) estaría hoy truncada por la eclosión de una gran banalidad que sólo persigue atraer a un público embobado. Ante esta crítica situación y, ante todo, para garantizar que puedan restablecerse las relaciones amistosas con el mundo de la cultura de nuestros días, nos ha parecido oportuno articular un curso acelerado de arte contemporáneo que, sin provocar estorbo alguno en el programa de actividades propias de unas merecidas vacaciones, permita volver a casa con la convicción de que se aprovecho bien el tiempo y que, a partir de ahora, todos podemos ser firmes defensores de la legitimidad del arte nuevo frente a las cruzadas conservadoras.

Para un buen consumo de este curso solo es menester un doble requisito. En primer lugar, visitar la exposición de Santiago Vich habida cuenta que este joven y prometedor artista será utilizado en el curso como el ejemplo latente para ilustrar todos los argumentos del programa. En segundo lugar, es imprescindible implicarse con las 4 disertaciones – gratuitas y abiertas a todos los públicos – que en un orden temático permitirán comprender como , a pesar de todo, el arte contemporáneo no traicionó su tradición milenaria sino que, con ahínco ejemplar, batalla por actualizar sus contenidos.

El calendario del curso, para complementarse adecuadamente a los numerosas ocupaciones estivales, se plantea con un formato rabiosamente moderno : en lugar de asistir a las tradicionales soliloquios de las clases magistrales, se ofrece al modo de breve documento escrito susceptible de ser leído en nuestras maravillosas playas, con

el adjunto de una dirección electrónica para discutir contenidos, ampliar la información o facilitar bibliografía específica.

### **Primera lección. El autor**

Al principio fue el hombre y, con él, nació la necesidad de expresarse. Unos son muy burdos al hablar pero, siendo el hombre una gracia divina, otros han sido llamados a tomar la palabra para dar cuenta de la esencia del espíritu humano ; estos son, naturalmente los artistas y así se ha comprendido siempre frente al arte tradicional, vehículo cristalino para canalizar los impulsos de la humanidad elegida. Sin embargo, los artistas contemporáneos aparecen como ángeles caídos, incapaces de ponernos en contacto con la estratosfera de la verdad. En esta coyuntura, es natural que nos veamos emplazados a acusarlos de tramposos diablos dispuestos a explicarnos a duras penas lo prosaico; pero aquí reside el núcleo de esta primera lección : ¿no sucederá que desaparecieron los elegidos y que los nuevos artistas, como aves aplastadas sobre el mundo terrestre, no tengan más remedio que dar cuenta de su vida mediocre y mezquina como la nuestra?. De ser así, ¿dónde podemos encontrar un resquicio de genialidad? ¿qué tipo de artista merece nuestra atención, con lo precioso que es nuestro tiempo, si no va a revelarnos nada distinto del absurdo cotidiano?. La respuesta, queridos amigos, como suele ser habitual, radica en el coraje. El artista contemporáneo demuestra que efectivamente lo es si dispone de la bravura necesaria para exhibir sin tapujos la banalidad de su existencia. El exhibicionismo es lo que antes, de manera eufemística y burguesa, se llamó “autobiografía” para merecer así estudios monográficos que auxiliaran la construcción del mito del artista. El exhibicionista es el único reducto, digno y posible, de un artista nuevo legitimado para hablar de la condición humana contemporánea. Llegados a este punto es imprescindible añadir que la apología del exhibicionismo no requiere en absoluto derivar en una acción impúdica. El exhibicionismo es santo si revela las verdaderas entrañas del sujeto heroicamente desnudo y, en el caso del artista, si estas profundidades afectan a la propia idea del arte y a la condición del mencionado artista como sujeto comprometido con una aventura ahora mundana. Es así como lo más esencial que merece ser expresado mediante la realización de las obras de arte, se reduce al relato de lo ridículo, difícil e incluso equívoco que representa hoy insistir en actuar como artista. Esta es la tensión sobre la que se desarrolla el arte contemporáneo: ser suficientemente héroe para insistir en la pertinencia de explicar lo estúpido; especialmente si se refiere a todo ese tiempo vital, ajeno precisamente, a las nobles menesteres de la producción artística.

## Segunda lección. El público

La tradición, siempre sabia, impone que el buen arte no es una realidad ensimismada sino un precioso regalo del autor al público general, colectivo de sujetos anónimos poco instruidos que, gracias a este obsequio tendrán oportunidad de diseñar nuevos horizontes para sus vidas. A fin de cuentas esa es la función primordial del arte y, de ahí la supuesta ineficacia del arte contemporáneo, enroscado en las mismas banalidades de quién debería ir mas allá gracias a la mediación de la experiencia estética. Lo enojoso, se dice, es que los artistas contemporáneos no demuestran ningún respeto con el público, olvidando por completo que sólo él es el verdadero destinatario y que, en consecuencia, al él se debe. De algún modo, para expresarlo de un modo preciso y llano, el arte tradicional ha ofrecido al público aquello que este espera y necesita : un retrato metafórico y profundo de sí mismo. Mediante el arte, el público aprende los entresijos de la condición humana y, en esta iniciación, consigue ubicarse en la trama compleja del mundo. El arte *coloca* al público, pero el arte contemporáneo parece obsesionado en expulsarlo con sus rarezas histriónicas , dejándolo siempre fuera de juego y sin un lugar dónde se reconozca y donde pueda fundar con argumentos su verdadera identidad. Sin embargo, desde nuestro punto de vista – y esto es ahora lo esencial de la lección – la supuesta incomodidad que despierta el arte contemporáneo no se debe en absoluto a una soberbia que lo instala de espaldas al público sino, por el contrario, a la honradez con la que describe los múltiples lugares donde se encuentra el espectador de hoy, desconocedor de su vacuidad. En efecto, el público de arte contemporáneo, como paradigma de la nueva esfera colectiva, ya no puede ser orientado hacía una posición fija que lo ancle en el mundo sino que, por el contrario, es lanzado en todas direcciones para dar cuenta, ni más ni menos, de los múltiples registros que lo constituyen. Es así como el arte contemporáneo nos desvela nuestra naturaleza coral : ahora somos quién mira, ahora los observados; ahora intentamos remodelar nuestra subjetividad, ahora esta es modelada por el poder del mercado; ahora somos más fieles a nosotros mismos, ahora somos simple carnaza en un juego infinito de falsas identidades. El arte contemporáneo no se olvidó del público; sólo ocurre que nos retrata y coloca en nuestro verdadero lugar : en el escondite de un *paparazzi* que se cree un buen espía y sólo es diana para las miradas ajenas.

### **Tercera lección . La realidad y la ficción**

A pesar de que los criterios establecidos impongan que el arte mayúsculo habla siempre de la verdad, es harto conocido que el mejor atajo para alcanzar cimas de tal calibre no es otro que la ficción. De ahí la importancia que se concede a la capacidad de fantasear para el artista que se precie. Sólo mediante una enorme dosis de imaginación e in-genio el artista puede acertar a capturar aquello que no está a nuestro alcance diario. Cualquier ejercicio artístico que de antemano parece que nos invita a sumergirnos en las profundidades de lo onírico, en verdad no es sino una plataforma para saltar con garantías de aterrizaje sobre el cielo de lo infinito. El arte, como es sabido, en última instancia no nos explica nunca lo imposible sino que, bien distinto, se limita a demostrarnos que antes de su aparición éramos unos ciegos inconscientes. La norma exige pues que, antes de llegar a lo verdadero, es imprescindible navegar por los océanos de la imaginación y del ensueño. De nuevo, estas sólidas convicciones parecen puestas en crisis por un arte contemporáneo empeñado en ahorrarnos estos viajes fantásticos y decidido en mostrarnos sin rodeos el producto de una actividad meramente documental. La sensación que produce esta sequedad del arte contemporáneo es la de que no hay lugar para prolegómenos de ninguna especie; incluso hay quién sentenció que deberíamos olvidarnos de la lírica por imperativo histórico. Lo cierto es que si las circunstancias que rodean al arte contemporáneo se ajustaran en verdad a este diagnóstico tan feroz, la nueva experiencia estética padecería una severa amputación. Por suerte, los prejuicios que acabamos de resumir pueden ser reconducidos por poco que nos percatemos que, a ciencia cierta, el nuevo arte no traiciona sus compromisos con la fantasía sino que, por el contrario – y este es el momento culminante de la tercera lección – intenta instruirnos en la necesidad de convivir en el interior de una perpetua e indisoluble amalgama de realidades ciertas, de falsas verdades y de mentidas verosímiles. El artista contemporáneo no hace más que adiestrarnos en la necesaria visión simultánea de lo verdadero y lo engañoso, sin necesidad de malgastar energía e intelecto para discernir a que hemisferio pertenece cada objeto o cada palabra. Todo se desarrolla frente a la lámina transparente de un escaparate frente al cual es absolutamente imposible distinguir que lado es el de la vida y cual el del teatro.

#### **Cuarta lección . El arte y la historia.**

Todo gran arte no sólo pertenece a su tiempo sino que, además, contribuye a explicarlo, a entenderlo y, lo más asombroso, incluso ayuda a impulsar los movimientos que determinan el curso de la historia. La lectura profunda de la esencial relación que se establece entre el arte y la historia no puede detenerse en la simple función del arte como glosa de los grandes acontecimientos; los eventos históricos que marcan el ritmo del tiempo del hombre siempre han ocupado un lugar de privilegio entre los intereses artísticos; pero todavía más importantes han sido las obras de aquellos artistas que, como líderes humildes de su época, han apoyado y amplificado las dinámicas revolucionarias que empujan los cambios de verdadero calado. Esta es la más alta de las funciones sociales del arte : detectar los impulsos donde germina lo nuevo para acelerar su proceso. Con tan comprometida acción, el arte tradicional ha conquistado un reconocimiento unánime; sin embargo, el arte contemporáneo parece desentenderse de este difícil compromiso, dirigiendo su atención solo hacia las modas efímeras, sin esforzarse siquiera en examinar el posible , aunque dudoso, potencial revolucionario que estas pudieran contener. Este es al menos el parecer común según el juicio público general; pero también esta última lección nos obliga a disentir de este estado de opinión para , en su lugar, reconocer la delicadeza con la que el arte contemporáneo también hoy asume un rol de índole político, capaz de auxiliar el paso con el que se marca el devenir histórico. Lo que ocurre, al menos desde nuestro humilde entender, es que el arte contemporáneo ha comprendido a la perfección que, hoy por hoy, la única acción política efectiva reside en el sabotaje microscópico. Y esta especie de subversión anodina, efímera y sutil, es el terreno donde crece la política de baja intensidad, aquella dónde , por un momento, se construye una subjetividad única, insustituible e irrepresentable. Es la política que por igual utiliza el pedorreo o el susurro, nutriéndose libremente con los movimientos convulsos de la melancolía infinita de nuestro espíritu aprendiz.